

LA TERRIBLE FORTUNA

El hombre árbol no puede acariciar a su hija, se ha convertido en un fenómeno de feria, necesita más de 5 operaciones para quitar esas inmensas verrugas que le salen de los pies y las manos como cucuruchos de patatas fritas. Es feliz o al menos se considera afortunado. Además de tener uno de los mejores equipos médicos trabajando sobre sus extraños apéndices, uno de ellos le ha regalado un dinero para que junto a su familia, muy pobre, construyan una casa en el campo. Las operaciones quirúrgicas pueden funcionar pero lo más seguro es que la carne muerta vuelva a florecer en sus miembros. No descifran el antídoto contra la enfermedad. Pero el hombre árbol tiene suerte. Es conocido en todos lados y la afección solo le afecta a él y a dos personas más en todo el mundo. Es casi un ejemplar único y ellos (los médicos, los investigadores) desean el estudio y la extinción, la justicia y la propaganda. El hombre árbol acepta sin más. Definitivamente le ha tocado la lotería. En el hospital público disfruta de habitación individual custodiada por dos policías que, a modo de porteros de atracción de circo, organizan la cola y el trasiego de gente que requiere una foto, un selfie, tocarlo o ser bendecidos por él. En su país cosas como las venganzas, las blasfemias o las brujerías se solucionan a machetazos y con mentiras y supersticiones. El hombre árbol lo puede contar. ¡Dios, qué fortuna!

La literatura peligrosa de Amy Hempel y su bisturí lingüístico. Muchos días para crear "La frase". Pesadas letras de acero pulido y deslumbrante. ¿Qué pretendo yo en unas pocas horas con esta narración? Copio y sigo.

¡Me duele el estómago como el demonio! ¡Una tormenta de nieve azota mi alma gimiendo como cien chacales! escribí en mi diario. ¡Y soy el único médico de los cinco que nos encontramos aquí en este refugio de nieve y hielo! Cogí la aguja con la novocaina y me puse la primera inyección. De alguna manera entré en modo de cirugía, y desde ese momento no me di cuenta de nada más. Trabajé al tacto, sin guantes. Casi pierdo el conocimiento. El sangrado era lento y bastante pesado. Al abrir el peritoneo, dañé el intestino y tuve que coserlo. Me sentía más y más débil, mi cabeza comenzó a girar. Cada cuatro o cinco minutos descansaba 20 o 25 segundos. ¡Finalmente, ahí estaba el maldito apéndice! Con horror noté la mancha oscura en su base. Significaba que un día más y hubiera estallado... Mi corazón reaccionó y se ralentizó notablemente; mis manos parecían de

caucho, como las de los hombres árboles. Pensé: Vas a terminar mal y lo único que quedará es un apéndice extirpado. Pero lo pude contar. Lo puedo contar. Soy feliz y no quiero la publicidad.

Tengo miedo. No me fío. Miro de reojo a los gigantes. Estoy en el paraíso y unos extraños me quieren sacar de aquí. Juegan conmigo, me dejan dibujar, me ofrecen chucherías y me regalan caricias. No sabía nada de eso. Hasta hace poco solo había gritos y golpes, rechazo y oscuridad, todo prohibido; y mi mala suerte. Después, bien. Los últimos tres meses, bien. Y hay otros niños. Juro que pondré todo de mi parte pues ahora confío; pero luego recuerdo y no confío; y ahora si y luego no, ahora si, luego no. ¿Dónde estarán ellos? Me las como: las chucherías. Entro en un coche. La tierra es blanca y el cielo azul. Corren a mi lado casas con nieve en los tejados. Paramos. Veo unos inmensos castillos y toboganes hechos de hielo. Mi nueva hermana y yo nos deslizamos; sobre todo mi hermana, mayor que yo. Nos hacen fotos. Luego nos encierran en un aparato enorme y monstruoso. Se mueve y hace mucho ruido. El mundo es pequeño desde aquí y sigo teniendo miedo. Bajamos y la nieve ha desaparecido. No hace frío. Hasta hace calor. Otra casa. Me hablan y no entiendo. ¿Tengo suerte?

En la gran sala me requieren y me escrutan. Es mi turno y sé que no debería ocupar este sitio, que no tendría que estar aquí. Pero la lealtad a ella es lo primero y finalmente digo al grupo: "No tengo palabras". Y sé que es mentira, pues he mentido desde el momento en que he dicho que no tengo palabras pues sí las he tenido, siempre las tengo. Exactamente tres: el "no", el "tengo" y el "palabras". He comunicado cuando no quería comunicar; sé que no estoy aquí y no debo estar aquí. Soy en otro lugar y no me van a comprender; no les voy a gustar. Soy la onda expansiva de una bomba de relojería y tengo la fortuna de haberla encontrado a ella. Me debo a ella. Ella me debe a mí. Nos debemos.

EL coro de la iglesia canta *Hosanna en el cielo*. Parecen libres, están contentos, son empleados de Dios. La guitarra española da el ritmo. Miran hacia el techo y se elevan. Su mensaje es radical: revuelta activa contra la pobreza y la desesperación; contra viento y marea todos unidos. Es una prueba de vida, la caridad como escalera al cielo, la suerte de que ellos, *al menos*, han encontrado el camino. Y me pregunto: ¿qué pintan esos patéticos carteles de lucha junto a fotos de los príncipes rojos y el obispo blanco? Son vuestros guías, ellos tienen la verdad, su verdad, la inspiración divina; y a vosotros, soldados de Dios, os legan los despojos, el verdadero apéndice sobre el que se sostiene

todo; lo mejor de la casa. Si no hubiera basura que limpiar, ¿qué sería de vosotros?, ¿qué de vuestro ridículo júbilo? Pero yo exijo racionalidad: ¿No veis vuestras historias de fantasía? ¿No somos ya lo suficientemente inteligentes para volar solos y de una vez por todas? ¿Cuántos años más son necesarios? ¿Es esto el equilibrio? Muy bien, haced lo que queráis. Dios está de vuestro lado. O estaba. Desenfundo mi kalashnikov y descargo 600 balas por minuto hasta acabar con vuestra empalagosa alegría. Sí, iros al cielo o al infierno. ¿No es lo que buscáis entre todos? ¿No es vuestro lugar deseado? ¡Va por los muertos del Bataclan, por los muertos del Club Pulse, por los mártires del desenfreno y la alegría ajusticiados por el *Sursum Corda* islamista, esos allegados vuestros en la mentira! Contra la Inquisición: ¡*Revenge!*! ¡*Fuckin' Revenge!*! Pero no es lo que voy a hacer, no. No puedo, no podría. Solo son malformaciones de la mente. Además, mi hermano está aquí, él me ha traído, y no le voy a chafar la fiesta; ni a él ni a mis hermanos en la Tierra. Una fiesta siempre es una fiesta, y la suerte es poder celebrar la vida: la de aquí, la única, la verdadera; y de la manera que sea.

JB 2016